

# La resurrección de las hojas muertas

Foto: Ricardo Salazar



Miguel Ángel Flores

EL SIGLO PASADO, el autor de estas líneas le preguntó a su papá dónde podría consultar un ejemplar viejo de la revista *Siempre*. Entonces tenía sólo quince años e ignoraba que existía una institución que se llama Hemeroteca, cuyo acervo está constituido por un conjunto de publicaciones periódicas; acababa de conocer al crítico de arte Antonio Rodríguez y tenía curiosidad por leer un artículo suyo mencionado por un amigo. Con el tiempo investigaría que el verdadero nombre de este escritor de origen portugués, que se exilió en México, había sido Francisco de Paula Oliveira. Antonio Rodríguez, como se sabe, adquirió la nacionalidad mexicana y llegó a ser uno de los más importantes estudiosos del muralismo mexicano. La revista *Siempre* se convirtió en una lectura cuasi obligatoria para el adolescente Acuario, que entonces cursaba la escuela secundaria. Una sección importante de esa revista era su suplemento cultural: *La cultura en México*, que dirigía Fernando Benítez. Rodríguez publicaba en la sección de política. Le llamaba la atención que el crítico de arte no formara parte de los colaboradores del suplemento. Nada sabía entonces de guerrillas culturales, grupos de poder, fidelidad a una amistad y un compromiso político entre la comunidad de los escritores.



Casi al mismo tiempo ese adolescente que había conocido a Rodríguez tuvo otro encuentro fundamental en su vida: estableció su primer contacto con José Emilio Pacheco, que dictaba un curso de literatura en la Casa del Lago. Pacheco era entonces el secretario de redacción del suplemento dirigido por Benítez. El adolescente, que no podemos llamarlo artista, había llevado, ingenuamente, a Enrique Bucio unas cuartillas para que las publicara en su periódico estudiantil, *El colmillo atinado*. Enrique Bucio lo animó a que practicara el periodismo. Rodríguez y Benítez tenían la formación del reportero, y fueron desde un principio los ejemplos a seguir en su aprendizaje de su oficio periodístico. Inscrito en el Instituto Politécnico Nacional, inmerso en los conocimientos de las matemáticas, la física y la química, *La cultura en México* se convirtió en su universidad en el ramo de las humanidades. En sus páginas aprendió sobre la Revolución Francesa (Benítez había encargado a Carlos Fuentes y a Víctor Flores Olea un número especial sobre el tema), leyó por primera vez a Octavio Paz y a Alfonso Reyes, se enteró de los movimientos de vanguardia en las artes plásticas y obtuvo ingente información sobre la actualidad literaria del país. No había otra publicación que la superara en este aspecto. Así leyó las primeras noticias

sobre libros que después se incorporarían a la lista de los libros clásicos de la cultura mexicana.

Lo que advirtió ese joven aprendiz de muchas cosas fue la precisión, la buena prosa y la capacidad de los reseñistas para resumir ideas. Entre quienes elaboraban los textos de la sección bibliográfica se contaba Alí Chumacero. Ya entonces empezaba a ser leyenda: el excelente poeta que había guardado silencio, el poeta cuya estimación crecía con cada libro que no publicaba, como ha sucedido con otros escritores. Se hablaba de sus libros, se hacían referencias elogiosas a su poesía, era imprescindible la inclusión de su nombre en las antologías de la poesía mexicana reciente que empezaron a circular en aquellos años de la adolescencia de Acuario, como *Poesía en movimiento* y la que preparó Carlos Monsiváis. La obra lírica era parca: tres delgados volúmenes de alta concentración poética. Simultáneamente a la escritura de sus poemas había dado noticia de forma constante y disciplinada de la actualidad bibliográfica. Acuario amplió el horizonte de sus lecturas y en la hemeroteca y en librerías de viejo encontró notas y reseñas de Alí Chumacero. El reconocimiento a su calidad de escritor era incontrovertible. Emmanuel Carballo, en el suplemento del diario *Ovaciones* que co-dirigía con Alfredo Leal Cortés, informó ampliamente

sobre el ingreso del poeta a la Academia Mexicana de la Lengua. El poeta había callado, pero no el periodista literario, quien realizaba verdaderos ejercicios de crítica literaria en sus notas y reseñas.

Era vasto y amplio el conocimiento de Chumacero en asuntos de literatura mexicana. Se cuenta entre los pioneros de quienes iniciaron la tarea de recopilar, revisar, rescatar, la obra dispersa de algunos de los poetas del grupo de Contemporáneos. En el Fondo de Cultura Económica adquirió destreza en el manejo de los asuntos de la producción editorial. No sólo recopiló y prologó a los poetas: también supo dotar de gran dignidad tipográfica los libros que salieron de sus manos. Estos rasgos de la vida profesional de Chumacero los fue conociendo Acuario poco a poco. Tenía siempre presentes sus balances anuales de la poesía y sus reseñas. No siempre se ocupaba de poetas y poemas. Muchos años después, José de la Colina le comentó a Acuario los problemas que enfrentaba para conseguir reseñas que tuvieran el mismo sentido de disciplina y deber que había caracterizado a Chumacero.

Más de una ocasión Acuario se planteó que valdría la pena recopilar todo cuanto Alí había escrito en prosa. Estaba cierto, por haberlo leído durante más de treinta años, de que de llevarse a cabo esa tarea se obtendría un conjunto de textos que revelarían la importancia de Chumacero a las nuevas generaciones sobre su labor crítica y sobre el papel que había desempeñado en la recepción de libros que se han sumado al elenco de la literatura mexicana. Lo que nunca se imaginó es que un día Jaime García Terrés, a través de Adolfo Castañón, lo invitaría a que hiciera posible el libro que reuniría la obra crítica del poeta, que junto con José Luis Martínez y Jorge González Durán había fundado la revista *Tierra nueva*, siguiendo el magisterio de Alfonso Reyes. Y en ese magisterio destaca la humildad y el profesionalismo para ejercer la crítica literaria.

Fueron gratas las horas de localización de los textos de Alí Chumacero. La Hemeroteca Nacional le

permitió a Acuario fotocopiar cuanto material necesitó. La mayor parte de la tarea crítica se concentraba en *La cultura en México*. Chumacero había participado en casi todas las revistas importantes del momento. La maestra Aurora Ocampo facilitó mucho su trabajo, orientándolo y permitiéndole consultar la colección de publicaciones literarias. Ella estaba entonces en plena etapa de producción del *Diccionario de escritores mexicanos*. En sus búsquedas hemerográficas Acuario descubrió que en una etapa de su vida Alí Chumacero había sido editorialista del periódico *El nacional*. No se incluyeron esos textos, pues como editorialista el poeta no siempre se había ocupado de asuntos literarios, sino que para ser coherente con su tarea había comentado temas de actualidad. Acuario tuvo muchas reuniones con Alí en las que le mostraba los textos recopilados y tomaron la decisión de dejar fuera las pequeñas notas informativas. Siempre escuchaba sus comentarios y respetaba sus decisiones. Así, no se opuso a que se incluyera su comentario desfavorable a *Pedro Páramo*: aunque tengan su explicación, los errores también forman parte de la tarea crítica, y en la suma de todos los textos de Chumacero se muestra su honestidad intelectual. La importancia de las notas de Chumacero reside en que expresó la primera opinión sobre un libro antes de que se formara un consenso de aceptación, rechazo o silencio. Es como hacer equilibrios sobre el vacío.

Al cabo de un año la jornada estaba hecha: sobre la mesa de trabajo de Acuario reposaba un grueso expediente que contenía los ensayos, prólogos, reseñas y notas de Alí Chumacero. Le escribió una presentación y elaboró el registro de cada texto recopilado. Entregó el material al Fondo de Cultura Económica y el libro apareció con el título de *Los momentos críticos*, que no se debió a la inspiración de Acuario, a quien le quedó la satisfacción de haber contribuido a enfocar la imagen de Alí Chumacero como uno de los más destacados críticos de nuestras letras. ▀